

Las ciencias sociales en América Latina: del diluvio neoliberal al fin de siglo

Raquel Sosa Elizaga

Resumen

En el trabajo se plantean las profundas transformaciones que han sufrido las ciencias sociales latinoamericanas a partir, por una parte, de los cambios ocurridos en la economía mundial, que dieron lugar a la implantación de regímenes neoliberales y, por otra, de la crisis de visiones alternativas de desarrollo y cambio social que favorecieron la proliferación de perspectivas derrotistas y conformistas en sectores intelectuales y académicos antes comprometidos con la opción de una transformación radical de nuestras sociedades. La autora propone la crítica al régimen neoliberal basándose en sus debilidades, falsas promesas de crecimiento y en su fracaso para lograr una inserción más equitativa de nuestras economías en el sistema mundial; establece algunos elementos que pueden dar lugar a una restructuración de las ciencias sociales en función de opciones de cambio democrático y de dignificación de la vida colectiva en América Latina.

Abstract

The author considers the deep transformations suffered by Latin American social sciences after the changes occurred in world economy, which in turn gave way to the establishment of neoliberal regimes; and analyses the crisis of alternative projects of development and social change, which favoured the growth of defeatist and conformist views in intellectual and academic groups previously engaged to the option of a radical transformation of our societies. She proposes a critique of neoliberal regimes based in their weaknesses, false promises of growth and in their failure to acquire a more equitable insertion of our economies in world system; and argues in favour of the establishment of some principles that can allow the restructuring of social sciences through options of democratic change and dignification of collective life in Latin America.

En América Latina, el neoliberalismo parece haberse convertido de unos años a esta fecha en una teología. No es casual que el Subcomandante Marcos, en su invitación al Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, se refiera a sus "éxitos" así:

Yo soy la mejor de las religiones, sintetizo el nuevo dios y el culto, el misterio y el acto de fe, el sacerdote y el feligrés, la imagen sagrada y el templo; no necesito al otro ni siquiera para que me rinda culto, para eso tengo el espejo que las estadísticas de mi triunfo representan.

¡Rebeldes del mundo! ¡Uníos en vuestras derrotas! No tenéis victoria alguna en vuestro ayer. Vuestra nostalgia es sólo de lo que pudo ser. Yo soy el que soy, la repetición eterna. Tomad lo viejo reciclado, imitadme, yo soy el de siempre concediendo el reajuste que un retoque supone, soy lo viejo renovado, la pesadilla de siempre pero con la ventaja de que soy globalizado. Os acepto como rival siempre y cuando tengáis las armas que ya fueron inútiles ayer, os tolero si reeditáis vuestras derrotas de ayer. Lo acepto como un humilde homenaje a mis victorias del pasado. No intentéis lo nuevo, repetid lo viejo, no salgáis de mi lógica, no os puedo digerir si seguís siendo tan incómodos, aceptad vuestro viejo lema de ¡Arrepentimiento o muerte! ¡Perderemos!¹

Si al inicio de los años ochenta intelectuales conservadores y radicales coincidían en la crítica a un Estado excesivamente presente en la vida económica, social y política de nuestros países;² si concebían la apertura al mercado y la transición a la democracia como únicos medios posibles para superar las guerras civiles y las dictaduras,³ hoy esos mismos intelectuales se han convertido en testigos frecuentemente aterrorizados de una debacle que no admite ambigüedades ni matices. La exclusión social, el reino de los grandes capitales—sobre todo los procedentes de las potencias— y el azote de la violencia se han vuelto todos uno en la mayor parte de los países de la región.⁴

Y si para muchos las esperanzas de renovación murieron con la crisis del gobierno sandinista, con la derrota del "socialismo real" y el hostigamiento a Cuba, no podemos negar que, para la mayor parte de los intelectuales en condiciones de difundir masivamente sus ideas, las posibilidades de una transformación democrática profunda habían muerto antes, bajo el peso de las dictaduras militares. Con el miedo, estos intelectuales heredaron la pérdida de fe en el futuro, el escepticismo y el posibilismo, enfermedades causadas en el alma por la persistencia de la represión y la opresión.⁵

¹ Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo. Ejército Zapatista de Liberación Nacional, México, *Perfil de La Jornada*, 10 de junio de 1996.

² Cf., por ejemplo, Norbert Lechner (ed.), *Estado y política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1981.

³ Cf. Fundación Pablo Iglesias, *Caminos de la democracia en América Latina*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1984; o F. Cepeda Ulloa, B. Betancur et al., *Democracia y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1985.

⁴ Cf. Fernando Calderón y Mario R. Dos Santos, *Sociedades sin atajos. Cultura, política y reestructuración económica en América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1995.

⁵ Cf. Luis Maira/Guido Vicario, *Perspectivas de la izquierda latinoamericana. Seis diálogos*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1991; José Rodríguez Elizondo, *La crisis de las izquierdas en América Latina*, Caracas, IC/Nueva Sociedad, 1990; Jorge Castañeda, *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, México, Ed. Joaquín Mortiz, 1993.

Así, tal y como lo afirmaron una y otra vez nuestros gobernantes, comenzó a admitirse que no existía otro futuro que el del neoliberalismo; otra forma de inserción en el mercado mundial que la impuesta por los organismos financieros internacionales; otra reforma, que los ajustes estructurales dirigidos desde los centros internacionales de poder.

Por estas razones, el complejo problema que enfrentan las ciencias sociales hoy en día es en América Latina sobre todo, el referido a la necesidad de ver el mundo con ojos distintos a los de la opción que nos gobierna, vemos a nosotros mismos de manera distinta a como nos impusieron las derrotas que ha sufrido el pensamiento crítico, ir a la raíz de nuestros conflictos actuales para hacer del futuro un espacio de verdadera dignidad, libertad y justicia. Es a tal debate apenas iniciado que quiero referirme en esta oportunidad. Un debate que nos permita rescatar, de entre todas nuestras experiencias en la lucha por la supervivencia, a la vida y al futuro, a la esperanza.

Horizontes de visibilidad social: perspectivas de conocimiento de una realidad en movimiento

Todo conocimiento es, a la vez, síntesis de experiencias múltiples, y proyección de un movimiento del presente hacia el futuro.⁶ Aludimos con esta definición a la adopción de un punto de vista en la elaboración del conocimiento, a lo que supone una elección temática, problemática y de información; pero también, y por lo mismo, al establecimiento de un campo de observación desde el cual discriminamos de la realidad existente lo que consideramos susceptible de ser organizado bajo un esquema coherente, consistente y preferentemente unificado.⁷ Del modo en que nos situemos frente a la realidad aceptada (y no, en general, a la objetivamente existente) dependerán nuestros actos de supervivencia y también nuestras posibilidades de conocimiento.

El ámbito de lo que admitimos como legítimo en nuestras sociedades actuales, o en nuestra historia, se convierte en nuestra guía para la acción futura, en la ruta por la que suponemos que nuestro andar será, si no exento de peligros, más seguro, o menos incierto que si lo abandonáramos al mero azar. La búsqueda de una racionalidad a toda costa, si no es cuestionada en su histórici-

⁶ Hugo Zemelman, "Hacia una reflexión sobre las ciencias sociales en América Latina" en *Estudios Latinoamericanos*, México, vol. IV, año IV, núms. 6-7, enero-diciembre de 1989.

⁷ Tomamos esta idea de la originalmente expuesta por Sergio Bagú, *Tiempo, realidad social y conocimiento*, México, Siglo XXI, 1981. Ver también, del mismo autor, "Ciencias sociales en América Latina: observaciones sobre una tendencia generalizada" en *Estudios Latinoamericanos*, núms. 6-7, cit.

dad, puede sin embargo convertirse en justificación de una visión parcial, que derive en posiciones pragmáticas, conservadoras.

Y en esta dinámica, el conocimiento amenaza con paralizarse y convertirse precisamente en su contrario: por exceso de confianza en el legado de la razón, podemos perder la fe en nuestra capacidad de reorientar el futuro, de enriquecer la incertidumbre, de alimentar nuestra intuición y nuestra imaginación, de liberar nuestra voluntad hacia un futuro no necesariamente probado en el pasado.

En América Latina, nuestras ciencias sociales están frecuentemente ancladas entre el pasado colonial y el presente y futuro de la dependencia. Ello ha llevado a su corriente más conocida, la de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), a asumir como hecho incuestionable la llamada "división internacional del trabajo", aunque ésta suponga un permanente "deterioro de los términos de intercambio" en perjuicio de los países de la región, la persistencia de un dualismo estructural —de atraso y modernidad— impuesto a partir de las economías de enclave, y un crecimiento inequitativo, del que se margina a más de la mitad de la población, como deformaciones inevitables derivadas del "modelo de desarrollo" impuesto en nuestros países.⁸

Por su parte, el delirio tecnocrático ha socializado en parte importante de nuestros científicos sociales la idea de que se dispone de instrumentos de conocimiento y práctica suficientes como para hacer de las crisis provocadas por la apertura indiscriminada al comercio internacional estadios pasajeros, cuya superación implicará el fin de todo proteccionismo y subsidio a la sociedad, pero que nos dejará —o dejará a quienes las sobrevivan— en condiciones más igualitarias, de mayor capacidad e iniciativa, y sobre todo, de mayor libertad individual y colectiva.

En estas condiciones, el neoliberalismo se ha convertido a los ojos de muchos, si no en el "mejor de los mundos posibles", al menos en su obligada etapa previa. Y es por ello que se toleran sacrificios indecibles en el bienestar común, que se rechazan terminantemente iniciativas de cambio, que se ha dejado en gran medida de pensar en la necesidad de transformar profundamente nuestras sociedades, el poder, de superar la dependencia internacional.⁹

Algunos afirman que los ciclos revolucionarios se han agotado. Otros, que fracasaron todos los proyectos radicales de cambio. Los más, que lo único que dejaron los utopistas del siglo veinte ha sido autoritarismo, destrucción, y mayor

⁸ Cf. Heinz Sonntag, "Las vicisitudes del desarrollo", *Revista Venezolana de Ciencias Sociales*, núm. 140, julio de 1994.

⁹ Cf. Hernando de Soto y Schmidheiny (editores), *Las nuevas reglas del juego. Hacia un desarrollo sostenible en América Latina*, Colombia, Oveja Negra, 1991. Ver también el texto crítico de Fernando Fajnzylber, "La CEPAL y el neoliberalismo", *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, núm. 52, abril de 1994.

opresión. Para todos ellos, no vale siquiera la pena intentar replantearse el problema del cambio verdadero.¹⁰

El neoliberalismo tiene, sin embargo, una debilidad que comienzan a explotar quienes, con todo, siguen esforzándose por explicar la realidad tal cual es. Y ellos nos han hecho evidente que la debilidad neoliberal es signo alentador de una posible secularización, de un replanteamiento crítico y de la apertura de nuevas posibilidades de conocimiento y acción colectiva: el neoliberalismo no ha cumplido, en estricto sentido, ninguna de sus promesas, y aun quienes descansaban en sus seguridades comienzan a cuestionar sus beneficios.

El neoliberalismo prometió implantar el reino absoluto del mercado, pero nos dio a cambio la exigencia de desprotección de las economías nacionales de los países débiles y un férreo proteccionismo de las potencias. El neoliberalismo prometió depurar la producción, y nos dio a cambio una economía basada en la especulación financiera internacional y persistentemente recesiva en el ámbito productivo, tanto en la industria como en la agricultura. El neoliberalismo prometió instaurar la libertad y la paz, y nos entregó a cambio la transformación de los organismos internacionales de conciliación en gestores de intervenciones armadas, un incremento extraordinario de conflictos bélicos, el mayor tráfico de armamentos de la historia, la militarización y la generalización de la paranoia internacional.¹¹

El neoliberalismo, por último, nos ofreció igualdad en las oportunidades e integración democrática de las sociedades, y a cambio nos dio persecución a los trabajadores migrantes, expropiación masiva de los campesinos, violencia política persistente —sobre todo provocada por facciones de poder—, violaciones continuas a los derechos humanos, y permanentes restricciones a la participación colectiva en la economía, en la política y en los medios masivos de cultura y comunicación.

Las certidumbres de la tecnocracia neoliberal comienzan, así, a hacerse humo y nos exigen a todos una apertura verdadera de nuestro horizonte de visibilidad para hacer posible la supervivencia en condiciones mínimamente dignas, no sólo de tal o cual país, sino de la humanidad en su conjunto. Ya no somos capaces de extraer del pasado, es cierto, los modelos de solución a nuestros problemas actuales y futuros, pero es precisamente en el pasado y en el presente, en nuestra experiencia, que podemos recoger enseñanzas que nos orienten, imaginativa-

¹⁰ Cf. Barry B. Levine (comp.), *El desafío neoliberal. El fin del tercermundismo en América Latina*. Colombia, Ed. Norma, 1992.

¹¹ Cf. Emir Sader (organizador), *Pos-neoliberalismo. As políticas sociais e o Estado democrático*. São Paulo, Editora Paz e Terra, 1995. Del mismo autor, *O mundo depois da queda*, São Paulo, Ed. Paz e Terra, 1995.

mente, hacia una reconstrucción del futuro. Y por eso nos es posible plantear aquí un programa de conocimiento que rebase ideas fijas y paradigmas previos y se inscriba, creativa y voluntariamente, en un proceso, en un movimiento tendiente al reconocimiento y enriquecimiento de la lucha por la supervivencia, contra la opresión, por la dignidad.

Después del diluvio: sociedad y sociología en el neoliberalismo

Todos los estudiosos de la realidad latinoamericana coinciden en señalar que la neoliberal ha sido la etapa de más profundo cambio en la historia contemporánea de América Latina. Atrás quedaron los sueños de industrialización, de superación del atraso, de desarrollo. Los organismos internacionales, que prefieren hablar hoy de la opción del "crecimiento", no pueden sino reconocer que la pobreza, y aun la pobreza extrema es el mayor saldo impagable del esquema vigente.

¿Qué economías, qué sociedades nos ha dejado el neoliberalismo? Centros financieros internacionales con lujosas sucursales en todos nuestros países, grandes centros comerciales, bonanza de la industria de la construcción, mecanismos diversificados de gestión económica, consolidación de la agroexportación. Y, junto a ellos, la corrupción y el lavado de dinero, el narcotráfico, la quiebra de la industria y de la agricultura alimentaria, la migración masiva de trabajadores, el empobrecimiento mayoritario en los centros de población, la delincuencia como opción de vida.

Con el derrumbe de las expectativas de una vida mejor parecieron desaparecer también las antiguas formas de solidaridad colectiva, de organización para la acción política y social, y el debate sobre los cambios necesarios. Comenzó, en cambio, a proliferar la visión de lo efímero, lo subjetivo, lo temporal o actualmente realizable.¹² Y aun algunos de quienes tenían alternativas terminaron aceptando que éstas eran parciales, incompletas, y que no constituían una opción global para remontar la derrota, una opción estratégica a partir de la cual pudiera reiniciarse la lucha por el futuro.

Esta es, tal vez, la mayor paradoja de nuestro tiempo: precisamente cuando la polarización social es más grande, cuando la distancia entre propietarios y desposeídos se ha hecho abismal, cuando las relaciones internacionales son más flagrantemente injustas, buena parte del pensamiento que había sido crítico durante la etapa previa enmudeció, dejó a un lado sus banderas y reconoció, no

¹² Norbert Lechner, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden desordenado*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

sin amargura, no sin nostalgia, que no estaba preparado para responder al reto que la realidad le planteaba.

El espacio que dejaron los conceptos y los instrumentos de lucha abandonados fue, sin embargo, lenta aunque concienzudamente llenado por nuevas formas de participación y de representación colectiva. La riqueza de la sociedad comenzó a expresarse también en las ciencias sociales, que reconocieron la existencia de "nuevos movimientos sociales", la "emergencia de nuevos sujetos colectivos" y, más recientemente, la potencia de la "sociedad civil".¹³

Actores sociales antes poco considerados, como la Iglesia, o completamente novedosos, como las organizaciones no gubernamentales, y en especial, las organizaciones en lucha por los derechos humanos, abrieron una polémica y un horizonte a quienes tercamente se negaban a ver cambios en la configuración social y sobre todo, lo que ellos podrían significar en los regímenes políticos de cada uno de nuestros países.

A lo largo de estos años, de hecho, la mayor parte de los analistas dedicados al estudio de los regímenes políticos de la región tercamente se aferró a la idea de que lo que hacía falta en América Latina era superar actitudes dogmáticas y fundamentalistas, y orientarse en la consolidación de regímenes políticos y electorales, con todo y las limitaciones que ello pudiera representar.¹⁴ Desconocieron así, en primer lugar, la gravedad de una situación en que se ha mantenido —y aún incrementado— la tutoría y presencia militar en los regímenes políticos de la llamada transición. Pero también se expresaron activamente a favor de los cambios económicos impuestos por el neoliberalismo, aunque ellos significaran el empobrecimiento y la exclusión de la mayoría de la población respecto a toda forma de participación social y, consecuentemente, política.

La "revolución de la sociedad civil", sin embargo, siguió su marcha; trastornó a los partidos, a los sindicatos, a las formas de mediación con los gobiernos y se constituyó en un escenario inédito, esencialmente peligroso para el orden por el hecho de haberse originado en el inmenso tejido formado por la exclusión, la pobreza, la opresión.¹⁵

Los excluidos del sistema plantearon entonces, y plantean ahora, el establecimiento de regímenes efectivamente plurales, en los que no haya restricciones

¹³ Cf. Daniel Camacho (coord.), *Movimientos populares en Latinoamérica*, México, Siglo XXI, 1986.

¹⁴ Cf. Octavio Paz y Enrique Krauze (coords.), *La experiencia de la libertad (Coloquio de invierno)*, 5 tomos, México, Ed. Vuelta, 1991.

¹⁵ Cf. Pablo González Casanova y Marcos Roitman (coords.), *Democracia en América Latina. Actualidad y perspectivas*, México, CUCH-UNAM/La Jornada Ediciones, 1995; Carlos Vilas (coord.), *Democracia emergente en Centroamérica*, México, UNAM, 1993.

a la participación organizada de las mayorías; en que existan mecanismos efectivos de decisión colectiva sobre las cuestiones fundamentales que determinan el rumbo de sus países; en que se castigue la violación de derechos humanos y civiles cometidos por las autoridades, especialmente durante las guerras y las dictaduras; en que, en fin, sea posible reorientar la política económica y social para suspender o redefinir las condiciones de pago de la onerosa deuda externa; para reactivar a la agricultura y a la industria; crear nuevos empleos y asegurar educación y salud para toda la población.

Con todo, hemos de reconocer que de entre los sectores que más han contribuido con su práctica y sus demandas a cambiar nuestras sociedades, han sido hasta ahora los indígenas quienes sorprendieron incluso hasta a nuestras mestizas y criollas sociedades. Sin la menor duda, los indígenas han propuesto, a todo lo largo y ancho del continente, las formas más novedosas –debemos decir, con la plenitud de su significado, modernas– de defensa y conservación del territorio, de desarrollo sustentable, de relaciones sociales y políticas basadas en la democracia, de administración regional autónoma.¹⁶

Y con ellos, quienes exigen una vivienda digna, quienes se han organizado en comedores populares, quienes defienden la educación y la seguridad social públicas, quienes exigen que se mantenga la soberanía sobre los recursos naturales, quienes luchan por la conquista de derechos políticos plenos, y quienes encabezan la resistencia frente a la impunidad de las autoridades constituyen una formidable fuerza colectiva que empuja cambios profundos en la conducción de nuestras sociedades.

Si todos estos grupos surgieron como respuesta a la agresión neoliberal, no puede negarse que constituyen, hoy por hoy, el más sólido fundamento a partir del cual pueden y deben reconstruirse nuestras sociedades. La crítica al neoliberalismo no puede entonces pretender una vuelta al pasado. Su tarea es proyectar desde el complejo tejido social existente formas de organización y relación social, mecanismos de representación y, desde luego, horizontes de conocimiento que nos permitan remontar la pobreza, la fragmentación, el deterioro social y el autoritarismo en que nos ha sumido este régimen depredador.

Una propuesta para las ciencias sociales de fin de siglo

En nuestros países, las academias de científicos sociales se organizaron hasta los años setenta en las universidades. Después, la persecución, el cierre de las

¹⁶ Cf. la antología sobre pensamiento indígena publicada en la *Revista del Senado de la República*, núm. 2, México, LVI Legislatura, enero-marzo de 1996.

instituciones críticas, la muerte, desaparición o migración de importantes científicos sociales y los "ajustes estructurales" rompieron con la continuidad lograda en los centros de conocimiento y, sobre todo, con las formas de relación que en ellos se habían establecido.¹⁷

El panorama actual de las ciencias sociales en América Latina es, por lo mismo, extremadamente diversificado. Se produce conocimiento para y desde las esferas gubernamentales, en organismos ligados a fundaciones internacionales, en centros independientes y, desde luego, en las universidades públicas y privadas. Algo ha cambiado en estos años y de esto quiero hablarles, porque supongo es un problema común. Las limitaciones presupuestarias y la introducción de esquemas eficientistas basados en la competencia han hecho tanto daño en nuestras ciencias sociales como las guerras y las dictaduras al conjunto de la población.

La propiedad privada de las ideas, de las fuentes de información, la lucha por conseguir apoyos para la investigación y las exigencias de las agencias financiadoras han conducido a buena parte de los profesionales dedicados al estudio de la sociedad a un estado de paranoia, aislamiento y disgregación completamente contradictorios con cualquier programa de ampliación y profundización del conocimiento social.

Colegas que trabajan en temáticas similares se enfrentan por la posibilidad de editar sus trabajos, de ser invitados a eventos internacionales, de ser citados en alguno de los índices de prestigio. Y paradójicamente, hoy que Internet y *World Wide Web* han puesto hasta a los más pobres al alcance del conocimiento y la comunicación, poco hemos logrado en materia de establecimiento de redes, en iniciativas de socialización de los avances logrados en cada área, frente a cada problema común.

Y menos aún aprovechamos las posibilidades abiertas por la intensificación de intercambios a nivel mundial para establecer formas de relación que nos permitan liberarnos del asfixiante mundo de la competencia individual, del silencio obligado, del presunto hallazgo propio, de la intrascendencia generalizada.

El aislamiento nos impide también frecuentemente ver más allá de las artificiales fronteras de los claustros académicos y entender la relación necesaria de la ciencia con la organización de la sociedad, con la cultura, con la historia, con otras formas de conocimiento y, en fin, con la vida.

¹⁷ Raquel Sosa E., "Evolución de las ciencias sociales en América Latina (1973-1992)"; y Jaime Osorio, "Los nuevos sociólogos. Tendencias recientes de la sociología latinoamericana" en *Estudios Latinoamericanos*, Nueva Época, núm. 1, enero-junio de 1994.

Es posible que la mayor parte de los profesionales de las ciencias sociales no se haya aún sentido convocada a escribir un guión para una película o un video, como tampoco a explicar los resultados de su trabajo a una comunidad determinada, discutir las implicaciones de tal o cual propuesta en ámbitos diversos a los frecuentados por sus colegas, o socializar sus fuentes de información y la dirección de sus investigaciones en la formulación de un proyecto colectivo de conocimiento que sirva a la solución de los más urgentes problemas de su sociedad. Si la competencia clausura horizontes de visibilidad, el aislamiento profesional, que es su contraparte, nos impide ver las consecuencias del trabajo realizado, conocer la relación que existe entre la idea y la práctica social, entre los hombres y las mujeres como objeto de estudio, y esos mismos hombres y mujeres como sujetos sociales, como agentes potenciales de una práctica transformadora.

Por estas razones, me permito aludir aquí a la experiencia iniciada hace cuarenta y cinco años por la Asociación Latinoamericana de Sociología y que resulta, entre otras, ejemplar y enriquecedora para el presente y futuro de nuestras ciencias sociales. En primer lugar, la Asociación fue fundada cuando la Sociología, como especialidad, no constituía parte del currículum de la mayoría de las universidades latinoamericanas. Quienes entonces se dedicaban al estudio de la sociedad debían hacerlo en escuelas de humanidades, filosofía, economía o derecho y por ello comprendieron la necesidad de una asociación abierta a distintos ámbitos de conocimiento, orientada al objetivo común del estudio de la unidad histórica, cultural, económica, política de América Latina.

La experiencia de ALAS se generalizó con el tiempo a otras asociaciones latinoamericanas de ciencias sociales entre cuyos objetivos, el de la interdisciplinariedad pasó a ser reconocido como uno de la mayor importancia. Lo común a todas ellas, y que hoy sigue siendo un principio fundamental de la Asociación Latinoamericana de Sociología es la difusión de los avances logrados en el conocimiento de la problemática social contemporánea de la región y es por ello que se convoca cada dos años a los especialistas a la reflexión sobre un tema, que deberá ser abordado en múltiples perspectivas.

En segundo lugar, ALAS se ha mantenido a lo largo de su existencia como una asociación completamente plural, que incluye los puntos de vista de estudiosos de las más diversas procedencias: los gobiernos, las universidades públicas y privadas, los organismos internacionales, los centros independientes, las organizaciones sociales. Siendo, además, la mayor asociación de las ciencias sociales en el subcontinente, ha recorrido en sus congresos prácticamente todos los países de la región, en los que mantiene una membresía flexible y una estructura ajena a todo burocratismo, aunque firmemente anclada en la actuali-

dad de los estudios de América Latina y en colegas de la mayor parte de las instituciones públicas y privadas del área.

Con todo, es posiblemente la independencia académica de ALAS lo que ha permitido que se expresen en ella sistemáticamente las perspectivas críticas y que, a lo largo de los años, se haya convertido en una tradición que sus eventos constituyan una guía para el quehacer colectivo en el sentido de la defensa de la democracia, la soberanía, la justicia económica y social, la integración y el desarrollo de un pensamiento abierto a los aportes universales, pero profundamente latinoamericano en su contenido y en sus objetivos últimos.

Yo diría que a ALAS la ha mantenido a lo largo de su historia precisamente la identidad latinoamericana, la confluencia en una historia cultural común, en una problemática social persistente y que sólo ha tenido, en algunas etapas y en algunos países, visos de solución más profunda. ALAS se ha identificado profundamente con las causas mayoritarias y por ello se ha solidarizado de manera permanente con Cuba, celebró las experiencias de gobierno popular en Chile, Nicaragua y Haití, y ha defendido la lucha de los movimientos sociales y políticos por la democracia en toda la región. Predomina también en ella una actitud profundamente crítica hacia el neoliberalismo y hacia la integración subordinada que ofrecen hoy los organismos financieros internacionales que ahogan a nuestra región por medio de la deuda externa y del control del comercio y la inversión internacional.

El alma de la Asociación la constituye, finalmente, la solidaridad. No puede escapar a nadie que los intelectuales críticos latinoamericanos se han visto permanentemente hostigados y que, con frecuencia, han debido abandonar sus países para refugiarse en algún otro, dentro o fuera de la región. La huida obligada no ha sido, sin embargo, sólo una tragedia, sino fuente de un conocimiento cercano de otras experiencias y de formación de núcleos de pensamiento que trascienden las fronteras, aunque converjan en objetivos similares de liberación. Así, podemos decir que América Latina se ha vuelto una casa común para el análisis crítico y que, tal vez como no ocurra en ninguna otra región del mundo, valoramos en toda su dimensión los aportes científicos elaborados en medio de las dificultades, que se renuevan en cada encuentro.

En una región sujeta a tantas vicisitudes como lo es América Latina, todo está siempre por hacer y todo y todos debemos estar siempre en movimiento. No puedo afirmar, por ello, que tenemos resueltos nuestros problemas y que no constituya un reto permanente la continuidad de nuestros esfuerzos y la continua ruptura con esquemas, con verdades parciales o insuficientes, con ideologizaciones fáciles o con las tentaciones al conformismo o a la aceptación de derrotas. Pero creo también que hemos sido capaces de remontar muchos obstáculos

—entre los cuales los económicos y los políticos no han sido menores—, y que estaremos en condiciones de hacerlo en el futuro, siempre y cuando mantengamos nuestro compromiso con las mejores causas de nuestros pueblos, nuestra solidaridad, nuestra independencia crítica, y nuestra esperanza y voluntad por un futuro justo, digno y democrático para los latinoamericanos todos.